

Juan Carlos Portantiero. Biógrafo de Juan B. Justo*

Juan Carlos Portantiero. Biographer of Juan B. Justo

Juan Carlos Portantiero. Biógrafo de Juan B. Justo

José María Casco**

Universidad Nacional de General San Martín, Buenos Aires, Argentina

Cómo citar: Casco, J. M. (2025). Juan Carlos Portantiero. Biógrafo de Juan B. Justo. *Revista Colombiana de Sociología*, 48(1), 151-176
doi: <https://doi.org/10.15446/rcs.v48n1/115451>

Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 2.5.

Artículo de investigación científica y tecnológica

Recibido: 30 de junio del 2024 Aprobado: 15 de enero del 2025

* El artículo recoge los primeros resultados de mi investigación “Cultura, política y Ciencias Sociales en la obra de Juan Carlos Portantiero. Un itinerario político e intelectual de sus últimos años” que llevé adelante con una beca post doctoral del Conicet con sede en el LICH Unsam.

** Licenciado y doctor en sociología por la UBA y por la Unsam respectivamente. Coordinador académico del Observatorio de Educación Superior y Políticas Universitarias de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín (Unsam). Formo parte del grupo de trabajo de Clacso Intelectuales, Ideas y Política.

Correo electrónico: lich@unsam.edu.ar -ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8375-661>

Resumen

El artículo explora las razones que hicieron posible que el sociólogo argentino Juan Carlos Portantiero dedicaría los últimos años de su vida a escribir la historia del socialismo desde su aparición en la escena política argentina a finales del siglo XIX hasta la emergencia del peronismo en los años cuarenta del siglo XX. Si tenemos en cuenta que a lo largo de su extensa trayectoria ese no había sido un tema al que Portantiero le prestara mayor atención, sobre todo debido a que en su juventud había adhesido al comunismo y luego de su salida del partido a “la nueva izquierda” de los años sesenta, es pertinente que nos preguntemos: ¿Qué motivó esa elección? ¿Qué buscaba en términos políticos e intelectuales con esas investigaciones? Y una pregunta si se quiere más importante aún, ¿Por qué la añeja historia del socialismo podía tener interés para un intelectual siempre preocupado por la coyuntura y por el presente? Desde una perspectiva tributaria de la sociología de los intelectuales y la historia intelectual el trabajo analiza los textos de Portantiero donde aparecen estas preocupaciones. Sus principales resultados arrojan qué para entender estas inquietudes, debe estudiarse su derrotero de fines de los años setenta, cuando a causa de las dictaduras que asolaron la región y como parte de toda una generación de exiliados latinoamericanos, Portantiero llevó adelante un ajuste de cuentas con su historia política e intelectual de los años sesenta, y se propuso reponer una tradición socialista democrática para la izquierda argentina. Para ello, el trabajo reconstruye el escenario intelectual en el que ese proceso tiene lugar, los debates que allí se suceden y destaca a la vez, cómo sus esfuerzos por reconstruir la historia del socialismo están apuntados por poner de manifiesto que el movimiento obrero de la Argentina tenía una rica historia que no había comenzado con el peronismo sino que se remontaba a fines del siglo XIX.

Palabras clave: biografía, democracia, exilio, historia, Portantiero, socialismo.

Descriptores: Argentina, historia de las ideas, siglo XX, socialismo.

Abstract

The article explores the reasons that made it possible for the Argentine sociologist Juan Carlos Portantiero to dedicate the last years of his life to writing the history of socialism from its appearance on the Argentine political scene at the end of the 19th century to the emergence of Peronism in the 1940s. 'of the 20th century. If we take into account that throughout his extensive career this had not been an issue to which Portantiero paid greater attention, especially because in his youth he had adhered to communism and after his departure from the party to "the new left "of the 60s", it is pertinent that we ask ourselves: What motivated that choice? What were you looking for in political and intellectual terms with those investigations? And a question, if you will, even more important: Why could the ancient history of socialism be of interest to an intellectual always concerned about the current situation and the present? From a perspective of the sociology of intellectuals and intellectual history, the work analyzes Portantiero's texts where these concerns appear. Its main results show that in order to understand these concerns, one must study his course at the end of the 1970s, when due to the dictatorships that devastated the region and as part of an entire generation of Latin American exiles, Portantiero carried out a reckoning with its political and intellectual history of the 1960s, and set out to restore a democratic socialist tradition for the Argentine left. To do this, the work reconstructs the intellectual scenario in which this process takes place and highlights at the same time how its efforts to reconstruct the history of socialism are aimed at revealing that the Argentine labor movement had a rich history that had not been began with Peronism but went back to the end of the 19th century.

Keywords: biography, democracy, exile, history, Portantiero, socialism.

Descriptors: 20th century, Argentina, history of ideas, socialism.

Resumo

O artigo explora os motivos que permitiram ao sociólogo argentino Juan Carlos Portantiero dedicar os últimos anos de sua vida a escrever a história do socialismo desde seu surgimento no cenário político argentino no final do século XIX até o surgimento do peronismo na década de 1940.¹ Do século XX. Se tivermos em conta que ao longo da sua extensa carreira esta não foi uma questão a que Portantiero prestou maior atenção, até porque na sua juventude aderiu ao comunismo e após a sua saída do partido para “a nova esquerda” dos anos 60², é pertinente que nos perguntemos: O que motivou essa escolha? O que você procurava em termos políticos e intelectuais com essas investigações? E uma questão, se quiserem, ainda mais importante: Porque é que a história antiga do socialismo poderia interessar a um intelectual sempre preocupado com a situação actual e o presente? Numa perspectiva da sociologia dos intelectuais e da história intelectual, o trabalho analisa os textos de Portantiero onde essas preocupações aparecem. Seus principais resultados mostram que para compreender essas preocupações é preciso estudar sua trajetória no final da década de 1970, quando devido às ditaduras que devastaram a região e como parte de toda uma geração de exilados latino-americanos, Portantiero realizou um acerto de contas . com sua história política e intelectual da década de 1960, e se propôs a restaurar uma tradição socialista democrática para a esquerda argentina. Para isso, a obra reconstrói o cenário intelectual em que esse processo ocorre e destaca ao mesmo tempo como seus esforços para reconstruir a história do socialismo visam revelar que o movimento operário argentino teve uma história rica que não começou com Peronismo, mas remonta ao final do século XIX.

Palavras-chave: biografia, democracia, exílio, história, Portantiero, socialismo.

Descriptores: Argentina, história das ideias, século XX, socialismo .

En 1999 Juan Carlos Portantiero publicó una biografía del dirigente y fundador del partido socialista argentino, Juan B Justo, por el sello Fondo de Cultura Económica, en una colección dirigida por el historiador Luis Alberto Romero, titulada *Los Hombres del Poder*. Un pequeño volumen de 60 páginas junto a dos anexos, donde el sociólogo argentino repasa los avatares del “patriarca socialista”. Ese mismo año también publicó en otra colección dirigida por el mismo historiador, pero en otro sello editorial, *La hipótesis de Justo* de su amigo de toda la vida José María Aricó, en el que se encargó del cuidado de la edición y para el cual escribió además un prólogo¹.

Esto formó parte de una saga en la que el sociólogo argentino buscó contar la historia del socialismo argentino desde sus albores a fines del siglo XIX hasta el advenimiento del peronismo en los años 40² del siglo XX. Pero no es que Justo y el socialismo no habían tenido sus estudiosos por el contrario, ahí estaban las obras de Cuneo (1942) Weinstein (1978), Pan (1991) y Franzé (1993) que Portantiero destaca como de las más alto rigor analítico, a la par de numerosos trabajos de dirigentes partidarios (Ghioldi, 1933; Repetto, 1964; Solari, 1965; Cuneo, 1947; Pan, 1964) que también se dedican a su figura y por el lado del partido socialista, Portantiero destaca los trabajos de Oddone (1983) Walter (1977) Moreau de Justo (1983) y Sanguinetti (1981) todas obras con las que, como veremos más adelante, el libro que aquí analizamos no entran en un diálogo explícito. Pero si además de esta curiosidad tenemos en cuenta que a lo largo de la extensa trayectoria de Portantiero ese no había sido un tema al que le había prestado mayor atención, es pertinente que nos preguntemos: ¿Qué motivó esa elección? ¿Qué buscaba Portantiero en términos políticos e intelectuales con esas investigaciones? Y una pregunta si se quiere más importante aún, ¿Por qué la añeja historia del socialismo podía tener interés para un intelectual siempre preocupado por la coyuntura y por el presente?

Entre las pocas referencias que hay sobre el tema y que podrían dar solución a estos interrogantes, una se destaca sobre el resto. En efecto, el trabajo de Martínez Mazzola (2015) se propone dar cuenta el modo en que Portantiero y Aricó reinterpretaron la tradición socialista en las décadas del ochenta y noventa del siglo pasado y en particular de Juan B Justo. El autor destaca qué aun cuando estos intelectuales recolocaron al partido socialista en la agenda historiográfica, sus intervenciones no estuvieron

1. Aricó José. *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Editorial sudamericana. 1999. *La hipótesis de Justo*, uno de los tres ensayos que componen el volumen había sido escrito en 1981 y obtuvo una mención especial en el premio internacional de historia “José Luis Romero”. En el prólogo al libro, Portantiero destaca esta circunstancia al mismo tiempo que destaca como sus ensayos forman parte de un esfuerzo de Aricó por dar cuenta del desencuentro entre el socialismo y América Latina tarea que él también emprendía en los mismos años que aquel en condiciones de exilio en sus años mexicanos.

guiadas solo por un interés académico, sino que principalmente esas indagaciones estuvieron guiadas por un esfuerzo en renovar la cultura y las tradiciones de izquierda, perspectiva que compartimos, y relaciona estos intereses con los vínculos que Aricó y Portantiero mantuvieron por esa época con los núcleos partidarios que se proponían refundar al partido socialista. En ese sentido, sus aportes son valiosos para el estudio de nuestra problemática. Es por eso que este trabajo se apoya en él e intenta a la vez, complementar sus hallazgos explorando una faceta no estudiada en el mismo. En efecto, lo que nosotros postulamos en esa dirección, es que la biografía de Justo de Juan Carlos Portantiero persigue un doble movimiento; por un lado, busca establecer una tradición para el socialismo democrático argentino en la democracia recuperada de la década del ochenta del siglo XX, y por otro, dar un combate con otras tradiciones respecto de la historia de la clase obrera. Asimismo, respecto de los estudios que analizan la obra de Portantiero, por la época en la que aparece el libro, la bibliografía es profusa. En efecto, tanto desde una mirada de conjunto de su trayectoria (Tzeiman, 2015; Mocca, 2012) como de algunas momentos de la misma sobre todo en la recuperación democrática argentina (Ponza, 2012; 2013; 2015) u otras obras que recorren su itinerario como parte de un colectivo intelectual (Burgos, 2004) o en sus emprendimientos intelectuales y culturales sobre todo alrededor del problema de la democracia recuperada en Argentina, donde las revistas políticas culturales jugaron un papel central en el debate de ideas del momento, tanto para colocar programas y discusiones sobre la democracia como para hacer un ajuste de cuentas con la historia (Reano, 2012; 2019; Garategaray, 2013; Garategaray y Reano, 2017) la bibliografía es profusa y bien documentada.

En ese sentido, todas esas indagaciones contribuyen a la reconstrucción del papel intelectual desempeñado por Portantiero y a la vez son materiales de apoyo de nuestro trabajo, pero no abordan la perspectiva y la dimensión específica aquí elegida. Es por ello que, como complemento de estos trabajos y buscando contribuir a los mismos y al estudio de los intelectuales latinoamericanos en general y argentinos en particular, en lo que sigue analizaremos el libro en cuestión e indagaremos en las posibles razones que están detrás de este emprendimiento intelectual.

Juan Carlos Portantiero. Biógrafo de Juan B Justo

El libro comienza con una semblanza que recuerda el momento en que Justo- médico de brillante carrera dice Portantiero- decide dedicarse a la política, favorecido por la modernización del país que produce el comienzo de la argentina de la organización nacional². Y en ese contexto, cómo el socialismo de su mano, aparece como un hecho fundamental

2. Hacia 1880 comienza en la Argentina lo que se dio en llamar la organización nacional y la modernización del país. Se dejaba atrás 70 años de guerra civil y se unificaba en el Estado una nación dispuesta a unirse al desarrollo capitalista.

de esa escena moderna. Para que su aparición sea aún más elocuente Portantiero cita a Alejandro Korn, viejo prócer de la izquierda y científico reputado, afirmando que la idea socialista, fue la única nueva que germinó después de la batalla de Caseros cuando comenzaba la reorganización nacional. No falta en esa introducción una mención a la fundación de La Vanguardia, el órgano de prensa del Partido Socialista (PS) por el que Justo sacrificó su auto personal. En cuanto al lugar que el partido vino a ocupar en la escena política del momento, Portantiero sostiene que el PS se conformó como la antítesis de la “política criolla”³, con una mirada iluminista y sobre bases algo ingenuas respecto del papel de la ciencia y la técnica para la conformación de la identidad de las nacientes clases populares. Con todo, afirma que Justo junto a una élite brillante:

protagonizó una empresa social de enorme envergadura que, si bien no pudo trascender salvo ocasionalmente los límites urbanos, tuvo en ese espacio y hasta el advenimiento del peronismo un éxito inusual en el continente. El socialismo argentino tomó como modelo de organización a los partidos europeos de la Segunda Internacional, que se había fundado en 1889. Así, sin llegar a los extremos de la admirada socialdemocracia alemana en el diseño de su actividad como contracultura produjo múltiples redes de identidad para los trabajadores y sus familias, que incluía en la cúspide al partido, pero de la que formaban parte bibliotecas, cooperativas, agrupaciones sindicales, editoriales, sociedades barriales, ateneos de divulgación científica- como la Sociedad Luz, en Barracas- teatros y hasta recreos infantiles. (Portantiero, 1999, p. 09)

Para nuestro autor, esas prácticas eran parte de un impulso modernizador frente a las pautas tradicionales del conservadurismo reinante y el radicalismo⁴ que se expresaba también en la organización partidaria, con militantes que no dependían de caudillos y “punteros”, sino que por el contrario, la contribución de sus afiliados y un funcionamiento en base a estatutos, hizo del socialismo el primer partido moderno.

Pero para que no quedaran dudas que no solo en términos organizativos era un partido innovador Portantiero señala: “Pero quizás lo verdaderamente trascendente del socialismo argentino sea haber colocado en el horizonte ideológico de la política argentina el tema de la justicia social” (Portantiero, 1999, p. 10) y agrega “Horizonte que el electorado acompañó durante décadas. Así, entre 1912 y 1926 el

3. El término es usado despectivamente para referirse a la cultura política local donde los caudillos cumplían un papel preponderante.
4. Portantiero se refiere a la Unión Cívica Radical que comienza su periplo como partido en 1891 luego de la denominada “revolución del parque” un año antes donde miembros de élite dirigente cuestionaban la cerrazón del grupo gobernante a la participación democrática.

socialismo jamás obtuvo en la capital menos del 30% de los sufragios. Solo después de 1943, cuando el peronismo expresaría la nueva realidad socio cultural, ese predominio desaparecerá". Y si bien el sueño de Justo se fue diluyendo en sucesivas fragmentaciones, su biógrafo dirá que dejó en la historia de la política y la cultura el testimonio de una "de las experiencias más significativas para el proceso de modernización y democratización de la argentina" (Portantiero, 1999, p. 11)

Luego de esa introducción y ya en el primer apartado, Portantiero describe la infancia y la juventud de Justo. De buena posición, tanto por el lado materno como paterno sus antecesores eran comerciantes con intereses rurales. Por eso, Justo tomó de un fortín asentado en Tapalqué provincia de Buenos Aires, donde su familia materna tenía hacienda, el nombre de La Vanguardia para estamparlo en el legendario periódico socialista.

Juan B Justo fue criado y educado por su madre prácticamente en soledad hasta su ingreso al colegio Nacional de Buenos Aires en 1876. Para pasar luego en 1882 a la facultad de medicina de la UBA. Destaca su biógrafo que allí, su carrera fue brillante, a tal punto que se publicaron algunos de sus trabajos siendo estudiante y se graduó con medalla de oro. Pero tuvo que buscar un empleo y así fue como antes de cumplir 20 años se desempeñó como reportero y cronista parlamentario en el matutino La Prensa. Hizo una corta pero brillante carrera como cirujano que fue destacada por los historiadores de la especialidad. "

El fue el introductor en América del Sur del método aséptico en cirugía, y también el primero, no solo en el país sino en el mundo- según testimonios de algunos colegas de prestigio- que practicó con éxito la resección ostoplastica de la bóveda craneana en un niño [...] (Portantiero, 1999, p. 13)

Terminado sus estudios, Justo viajó a Europa para perfeccionarse y a su regreso encontró una Buenos Aires en ebullición, grafica su biógrafo. La década de 1890 en ese sentido, fue decisiva para el joven médico, adhirió, a propósito de la rebelión contra Juárez Celman, al acta constitutiva de la juventud y así se sumó a la Unión Cívica, pero cuando estalló la revolución desconfió de ésta por su componente militar. Eso activó su repudio a "la política criolla", se apartó definitivamente de la Unión Cívica y en 1894 trabó contacto con las agrupaciones socialistas aun sin haber leído a Marx, pero con la convicción de que la clase trabajadora era una poderosa fuerza para mejorar el estado político del país, señala Portantiero.

Luego el libro repasa los antecedentes del socialismo y el marxismo en el país. No faltan allí las menciones al Club Worwarts, a Germán Ave Lallémand y su periplo ideológico, de quién enfatiza que fue el primero en intentar un análisis marxista de la realidad argentina. Revisa también las diversas asociaciones socialistas que iban ganando terreno conforme la inmigración se establecía en suelo argentino y el

país se modernizaba y cómo en ese contexto Justo, al calor de las crisis que había desatado la revolución del 90', llamada también “Revolución del Parque” comenzaba a entrelazar su vida con estos europeos, en su mayoría alemanes, convirtiéndose en poco tiempo en una figura relevante. Así, al tiempo que Justo ganaba terreno, hacía posible que ese socialismo se nacionalizara sumando a jóvenes nativos. Pero Justo también hizo posible, sostiene Portantiero, que el movimiento girara del materialismo histórico a una orientación más ecléctica y pragmática. Esto le valió varias polémicas con el ala dura de los socialistas, principalmente los alemanes, como bien se retrata en la descripción de su polémica con el diario *El Obrero* que conducía Ave Lallemand.

Paso seguido en la sección titulada, “El fundador”, se describen las instituciones que Justo lleva adelante, luego de que viera en la Unión Cívica Radical a otro elemento de la “política criolla” y como consecuencia, le asignara al socialismo el papel de la modernización democrática y la transformación social. Desfilan allí, *La Vanguardia* (1894), el Partido Socialista (1896), *La Sociedad Obrera de Socorros Mutuos* (1898), *La Sociedad Luz* (1899), la cooperativa *El Hogar Obrero* (1905) y el Diario del Pueblo, iniciativa esta última que duró solo dos meses. Junto con esto, Portantiero destaca un segundo viaje del dirigente socialista a Europa y EE UU que considera como un verdadero parte aguas.

Sobre su formación intelectual, el sociólogo argentino dirá que Herbert Spencer fue el primero que lo nutrió y funcionó como un paso previo a Karl Marx, mientras que Adam Smith, David Ricardo, Alexis de Tocqueville y Augusto Comte, también formaron parte de su acervo cultural, pero que será Marx su principal inspiración, de quien tradujo su obra magna, *El Capital*, aunque nunca se sintió marxista y por el contrario, por momentos lo criticó fuertemente aunque admiraba su combinación de teoría y práctica. Por eso su actitud frente a Marx, señala Portantiero, será siempre laica y desprejuiciada.

Luego se abre paso una sección titulada, “El organizador” donde se destaca que a Justo le llevará una década y media el armado de “las bases para la construcción de una poderosa organización política y social” que buscaba diferenciarse tanto de anarquistas como de los nacientes radicales y los conservadores. En esa línea imputa de banal a las acusaciones de europeísta que le endilgaran a Justo la intelectualidad del nacionalismo popular. Así, sobre su acervo doctrinario dirá “Esa tensión hacia un pensamiento original, que lo separaba del dogmatismo marxista de las primeras organizaciones que agrupaban a trabajadores extranjeros, favorecía una visión más amplia y práctica” (Portantiero, 1999, p.24). Y a propósito del mismo problema, se retrata el traspié que Justo sufriera en 1896 cuando sus ideas en el congreso fundacional del partido quedan de lado frente a las que desde posiciones más radicalizadas propugnaban José Ingenieros y Leopoldo Lugones. También, como el viaje a los EE UU un año después, lo convence de que allí se juega el futuro y la evolución

del capitalismo y como ese será para Justo, el punto de mira privilegiado de su pensamiento sobre el devenir del mundo. Así, ese viaje además servirá para construir su diagnóstico sobre la Argentina, a la que concibe por oposición a los EE UU, debido al problema del acceso a la tierra y por consiguiente, al tipo de capitalismo que se establece en el país. Allí para su biógrafo yace una de sus originalidades, porque Justo con ese diagnóstico se desmarcaba de las miradas que reinaban en el concierto de la II Internacional de tono europeísta. Originalidad que se inspiraba, dirá Portantiero, en un capítulo del primer tomo de *El Capital* ignorado completamente por el canon, capítulo que le posibilitaba la búsqueda de categorías de análisis que evitaban la traspolación mecánica y eran en cambio instrumentos adecuados a una realidad específica. En ese sentido, Portantiero señala:

En su caracterización del latifundio como núcleo del poder de una clase parasitaria ligada como bloque social al capital extranjero se entrelazarán los temas fundamentales de su programa de reformas modernizadoras de la economía y de la política [...] sus líneas de acción se orientarán contra la explotación del salario [...] contra los impuestos al consumo y a favor de los impuestos progresivos a la renta agraria [...] (Portantiero, 1999, p.p. 26-27)

Como continuidad, en el apartado “La reconstrucción de la teoría”, se destacan los textos de Justo en los que están contenidos su teoría de la sociedad y la reconstrucción de la historia de las clases populares en la Argentina. *Teoría y práctica de la historia*, donde aparece su hipótesis sobre qué es la historia y cómo se funda la organización social, es para su biógrafo, la obra magna del patriarca socialista y la que marca el punto más nítido de su controversia con Marx. En ese sentido, destaca su crítica a la teoría del valor y la explotación de Marx contenido en ese y otros textos. Para Portantiero este trabajo se equipara a lo mejor de la producción de la segunda internacional y por encima de lo hecho en materia teórica en el país.

Luego y como contrapunto, señala Portantiero es en “Historia y lucha de clases” donde se encuentran los nudos conceptuales que constituyen el núcleo más activo que Justo encontrará en la teoría de Marx. Y que en la búsqueda del linaje histórico de las clases subalternas del país es donde colocará la razón de ser del socialismo, para un país que se modernizaba pero que no expresaba la realidad de los nuevos sectores populares producto de la inmigración. Otra clave de esa lectura histórica estaba anclada en el papel predominante que Justo le otorgaba al movimiento de la economía para la estructuración social, así, factor económico, propiedad de la tierra y lucha de clases, explicaban para Justo a la Argentina moderna.

A continuación, se repasan las dos primeras décadas del socialismo y las peripecias de Justo en ese devenir. Aparecen allí sus disputas con Lugones e Ingenieros, la aparición de Alfredo Palacios en la escena política

y el modo en que su liderazgo se fue consolidando bajo esas tensiones y las que provocaba una “Década difícil”, como la llama Portantiero, a la década del mil novecientos, donde el movimiento obrero y el movimiento estudiantil sufrían persecuciones de todo tipo.

En el mismo apartado y sobre su programa económico Portantiero dirá que: “Para Justo el latifundio parasitario y el capital extranjero ausentista constituirán el bloque de poder responsable del atraso nacional” (Portantiero, 1999, p.40) de ahí su famosa frase que tanta curiosidad despertaba por ser un porteño quien la esgrimía “La política rural tiene que ser en la República Argentina más importante que la política urbana”. Y agrega en el mismo sentido, que Justo no rechazaba el ingreso de capitales extranjeros aun cuando muchas veces proponía la nacionalización de los servicios públicos. Luego y en la misma dirección, Portantiero pasa revista al tema de la economía de libre cambio que Justo defendía y que tanta polémica y descalificación le trajera por parte de políticos e intelectuales ligados al revisionismo nacionalista y marxista. Esto obedecía para su biógrafo a razones prácticas e ideológicas, respecto a las primeras, su mirada se fundaba en que los bienes salarios que se importaban estaban gravados, y en lugar de ello, Justo aseveraba que los impuestos debían recaer en la propiedad de la tierra y su renta. Con respecto al segundo punto, Portantiero dirá que tanto su universalismo socialista como su lectura del Marx de 1848 (donde este sostenía que el proteccionismo era un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas y en cambio la libre circulación favorecía las posibilidades del socialismo vía el movimiento de la economía, al tiempo que develaba el antagonismo entre el proletariado y la burguesía) hacían que Justo siguiendo esas investigaciones de Marx, se inclinara por la senda librecambista.

En el apartado que versa sobre la labor parlamentaria de Justo es donde su biógrafo destaca los “[...] éxitos electorales sucesivos en la Capital Federal a partir de 1912, superando en varias ocasiones al radicalismo y engrosando considerablemente el número de representantes” del partido socialista. (Portantiero, 1999, p. 45). Ese éxito lo era aun más por el hecho de que aun cuando el partido sufriera varias escisiones su caudal electoral no descendería, salvo en 1927, del 30 % de los votos. Así, afirma que, a pesar de los contratiempos, Justo hacia 1912 cuando se sanciona la ley Sáenz Peña⁵ “[...] puede congratularse de la obra realizada. Ha logrado constituir un partido popular poderoso, ideológicamente firme y centralizadamente organizado” (Portantiero, 1999, p.44) Pero ese crecimiento urbano, matiza su biógrafo, no penetró en el interior sino superficialmente a pesar de los esfuerzos de Justo por ocuparse de la cuestión agraria. Eso se vio agravado por su reticencia a una política de coalición, que obturó la posibilidad de un bloque modernizador.

5. La ley Sáenz Peña hizo posible el voto secreto y obligatorio masculino. Se denominó así debido al nombre del parlamentario que la impulsó en la cámara de representantes.

Portantiero lamentará ese hecho con estas palabras “La discordia entre las culturas políticas de radicales y socialistas marcará un punto de quiebre profundo en la historia de las fuerzas populares en la Argentina durante el proceso de nacionalización de masas posterior a la Ley Sáenz Peña” (Portantiero, 1999, p. 47).

Un episodio concreto de ese déficit en el alcance de su propuesta agraria lo ilustra bien el apartado que se titula “El grito de Alcorta”⁶. Allí se retrata como a pesar del papel activo de Justo y varios dirigentes socialistas sus ideas chocaron con las modestas demandas de los arrendatarios una vez alcanzadas las mismas. Paso seguido, y como continuación en cierto modo de estos dos problemas, en “Yrigoyen” describe la desconfianza que Justo siempre le tuvo al caudillo radical y a su partido por considerarlos un producto típico de “la política criolla”; esto es, faccionalista y personalista, salido del mismo molde que los conservadores y cómo, también del otro lado, se jugaban recelos de parte de los radicales. En ese sentido, fue su visión iluminista y racionalista, para Portantiero, la que le impidió encontrarse con el movimiento popular comandado por Yrigoyen para formar un bloque opuesto a los conservadores.

En la última sección “Guerra y revolución”, Portantiero revisita las décadas del mil novecientos diez y mil novecientos veinte para destacar entre otras cosas, como Justo era ya un líder indiscutido de la política argentina. Un hombre culto y gran orador, bien informado, lector tanto de Shakespeare como de los sucesos más resonantes de la política internacional. Poliglota, figura no solo en el ámbito local sino también con gran reconocimiento en la segunda internacional y portador de una pulcritud y austeridad similar a la de un “cuáquero”, dirá su biógrafo al pintar su perfil.

En ese último apartado se repasan también sus posiciones respecto de la primera guerra mundial y de la revolución rusa. Respecto de la primera, Justo sostendrá que es el proteccionismo el causante de tal conflagración y que el librecambio es el camino de la paz y el desarrollo. Respecto de la segunda cuestión, si bien justificará la revolución por las características de la Rusia de ese momento, sostendrá que Argentina por el contrario debía mirarse en otros espejos para encontrar la evolución social en la que tanto creía. Y afirmaba, asimismo, que la revolución debía ser el producto de una maduración social donde el proletariado pudiera cambiar las relaciones de propiedad por medio de reformas gubernativas. Con todo, Portantiero señala que sus críticas a la revolución de octubre fueron disminuyendo conforme pasaba el tiempo hasta saludarla en 1920 como una gran reconstrucción social.

En el epílogo, se revisan los conflictos de la década del 20 que llevaron a la escisión más importante del partido en 1927 por parte de

6. “El grito de Alcorta” hace referencia a una rebelión agraria ocurrida en 1912 a manos de pequeños y medianos arrendatarios rurales en la provincia de Santa Fe.

algunos militantes entre los que se contaban sus discípulos predilectos. Cuestiones personales, políticas y generacionales hicieron que el PS y su tradicional conducción, producto de la fractura, retrocedieran a los niveles electorales de 1913. Su reticencia a hacer alianzas para llegar al gobierno y su despreocupación por acceder al poder central funcionaran también como una de las causantes de las discordias. Por eso su biógrafo dirá que “Justo siempre consideró al socialismo como el vehículo para una extensión cada vez más profunda del movimiento social, una larga carrera en la que la acción política debía articularse con la gremial, la cultural y la cooperativa [...]” (Portantiero, 1999, p. 56).

Para terminar, el libro se ocupa de sus últimos años. El nacimiento de sus hijos junto a Alicia Moreau y las vicisitudes que lo llevaron a su deceso la madrugada del 08 de enero de 1928. Y para coronar todo el periplo cita una larga semblanza del diario *La Nación* en ocasión de su funeral. En los anexos, el libro incluye testimonios de grandes figuras de la política y el mundo intelectual que expresan su testimonio sobre el “Patriarca” socialista. También, las obras que se escribieron sobre el partido y su figura sumado a una cronología en clave histórico política de su vida.

Juan Carlos Portantiero. La biografía de Justo como combate político e intelectual

Hasta aquí, un repaso sobre la obra, y el modo en que la biografía fue construida. Ahora bien, una pregunta se nos impone ¿Por qué Portantiero evocaba con la edición de un libro a la figura de Juan B Justo? Como ha sido señalado (Martínez Mazzola, 2015) Justo encajaba bien con el proyecto y la figura que Portantiero quería construir del socialismo. Ecléctico, esto es no dogmático, democrático en el sentido liberal, modernizador, propulsor de la autonomía de los trabajadores y partidario del asociativismo. ¿Pero, había algo más? En primer lugar y para intentar responder al interrogante, hay que señalar que la biografía no debe ser leída en clave historiográfica, como una batalla entre historiadores, que busca establecer datos nuevos, para alumbrar algún aspecto antes desconocido o establecer una verdad. De hecho, la biografía no estaba apuntada por notas que refutaran o asintieran la mirada de algún historiador sobre el patriarca socialista, el texto contenía apenas unas pocas citas de contemporáneos de Justo que le servían a Portantiero para aseverar sus afirmaciones. Por eso es que el texto debe ser leído, creemos, en clave político intelectual; esto es, como una toma de posición en el campo político con las armas que esgrime siempre un intelectual, el de la argumentación y la difusión de datos para colocar y hacer visible un artefacto sofisticado, pero que busca construir o revalorizar una posición determinada. En este caso la de qué debe ser el socialismo, por un lado, y por otro, refutar al nacionalismo popular. En efecto, del mismo modo que la recepción de un autor supone una apuesta político intelectual, la difusión de un determinado autor también supone esa apuesta. En ese

sentido, ha sido Alejandro Blanco quien a propósito de una encuesta sobre recepción nos ofrece pistas para comprender las complejidades que allí están implicadas al sostener que:

los fenómenos de recepción están sujetos a los proyectos y apuestas intelectuales de sus receptores, y es por eso que toda recepción es inexorablemente selectiva: subraya determinados aspectos o campos temáticos de una obra en lugar de otros, selección que depende de la naturaleza y el alcance de aquellos proyectos y apuestas como de las tensiones, conflictos y luchas que caracterizan en un momento determinado a un campo intelectual. En ese sentido, la explicación de un hecho de recepción está sujeta, en términos metodológicos, a la respuesta a la pregunta: ¿quién lee? ¿quién traduce? ¿quién difunde? ¿quién interpreta?, pero también, y no menos importante, ¿contra quién se lee, se traduce o se interpreta?” (Blanco, 2009. P. 06)

En efecto, siguiendo estas indicaciones, lo que importa aquí entonces es sobre todo “contra quien se lee, se traduce o se interpreta” hay que señalar en ese sentido, que esa reivindicación de la figura de Juan B Justo estaba asentada en un combate que tenía por objeto, además de lo ya señalado, discutir lo que había producido la historiografía nacional popular con la historia de los trabajadores y el movimiento obrero. Hecho este que, por lo demás, Portantiero señalará explícitamente. Así, en un reportaje en el diario Clarín de Buenos Aires, pocos meses antes de la publicación del libro, aparecía este dialogo donde Portantiero señalaba:

Desde 1912 hasta 1930, el socialismo, en la capital, jamás sacó menos del 30 % de los votos. Son cifras que no muchos recuerdan. Es que nosotros hemos sufrido operaciones de distorsión histórica.

Periodista. -A qué se refiere?

Portantiero - A las tergiversaciones, a los lugares comunes y falsos que señalan que la clase trabajadora nace el 17 de octubre de 1945⁷, sin reconocer que hay toda una historia, una lucha y un magma ideológico de la clase trabajadora que viene de antes. Y en esa historia, Justo y su élite tienen un peso decisivo. También los anarquistas y, en fin, el sindicalismo en general. De vez en cuando es bueno recordar que la historia de la clase trabajadora no empieza en 1945.

Periodista - ¿Se lo olvida o la irrupción del peronismo es un dato tan fuerte que tiñe tanto la historia anterior como la posterior?

Portantiero - Obviamente, es imposible explicar la historia

7. Fecha conmemorativa como de nacimiento del movimiento del peronismo, debido a la manifestación multitudinaria que se reunió frente a la casa de gobierno para pedir la liberación de Juan D Perón que había estado preso por el gobierno del momento. Para los detalles sobre el acontecimiento véase Luna (1969)

argentina de los últimos 50 años sin el peronismo. Pero hay que ser capaz de ver también que el peronismo disloca, con esa convocatoria tan amplia como difusa a la izquierda y a la derecha, toda la vida política argentina. De hecho, el peronismo termina con la izquierda, pero también con la derecha conservadora. Tuvimos partidos de derecha hasta la década del 40, y también de izquierda, como acabo de narrar. Pero es la emergencia del peronismo la que anula ambos extremos, incorpora fragmentos de uno y otro, los rearma en una síntesis original y replantea toda la política argentina. (Clarín, 27 de diciembre de 1998, p.02)

Así, lo que Portantiero buscaba era reponer la historia de la izquierda anterior al peronismo y la biografía de Juan B Justo le servía como la demostración de que el socialismo había tenido sus próceres, también su peso específico, en la vida política nacional y la organización social de los sectores subalternos. Pero para comprender el origen de esa reivindicación hay que remontarse a sus recolocaciones en los años 70`en el campo político e intelectual. Para decirlo con una formula sencilla pero muy expresiva, a su pasaje de la revolución a la democracia. En efecto, en su exilio en México Portantiero (como tantos otros) abandonó las posiciones revolucionarias de cuño marxista en las que había estado involucrado de diversos modos en los años 60` y primeros 70`, para abrazar una construcción de tipo socialista democrática. Y abandonó también sus acercamientos al peronismo⁸.

La reconfiguración del escenario intelectual latinoamericano. El pasaje de la revolución a la democracia

En un escenario que reconfiguraría todo el campo intelectual latinoamericano que fuera caracterizado por uno de sus protagonistas, Norbert Lechner, como un espacio donde se estableció “una internacional de intelectuales” (Lechner, 1986). México se convirtió en los años 70` en un lugar privilegiado para los exiliados que escapaban de las dictaduras militares que se habían establecido en la región. Así, una serie de factores políticos, económicos y culturales contribuyeron a convertir al país azteca en un lugar muy atractivo para los desterrados de las distintas dictaduras latinoamericanas y en un contexto favorable para el proceso de recomposición del pensamiento de izquierda de la región. En este sentido, fue importante el proceso de democratización del modelo del PRI iniciado hacia el final del mandato de Luis Álvarez Echeverría (1970-1976) y profundizado por su sucesor, José López Portillo (1976-1982), que produjo una revitalización de la actividad

8. En los años 60` Portantiero escribió un libro sociológico sobre el nacimiento del peronismo que ponía el acento en la autonomía de la clase obrera pero no desdenaba su acercamiento. En la misma dirección como parte del colectivo que animaba la revista *Pasado y Presente*. Adhería en 1973 a acompañar al movimiento liderado por Perón en vísperas de las elecciones nacionales de ese año.

política mexicana y facilitó el ingreso al país de emigrantes políticos de diversas tendencias, especialmente de izquierda. A esto se sumó un acelerado florecimiento económico –como consecuencia del boom del petróleo mexicano– que tuvo como correlato una “época de oro” para las universidades, con abundancia de recursos para la investigación, la publicación y el financiamiento de visitas de intelectuales extranjeros, como Jürgen Habermas, Michel Foucault, Alain Touraine y Perry Anderson, entre otros (Burgos, 2004). En ese sentido, las instituciones de educación superior se expandieron y se crearon nuevas universidades e institutos de investigación científica. Estas condiciones posibilitaron que México se convirtiera en “caja de resonancia y lugar privilegiado de observación, estudio y discusión de los procesos en marcha en las sociedades latinoamericanas y, sus universidades e institutos de investigación, en espacios frecuentados por una pléyade de intelectuales vinculados a la izquierda de las diversas variantes (...).” Por las mismas razones, México desempeñó “un lugar destacado en la publicación de textos vinculados a la cultura socialista y al marxismo en particular.” (Burgos, 2004: 231). El conjunto de estos factores favoreció una amplia inserción laboral de intelectuales y académicos exiliados.

Una parte importante de la discusión que lleva adelante la intelectualidad de izquierda exiliada en México, tuvo lugar en seminarios, jornadas y coloquios realizados entre 1978 y 1980 en distintos lugares de América Latina. Promovidos por universidades y centros de investigación mexicanos o por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), el conjunto de estas reuniones hizo posible el intercambio y el debate de ideas entre intelectuales de diversas tendencias teóricas que reflexionaron sobre la problemática del autoritarismo, la democracia, el papel de la izquierda, las nuevas tendencias teóricas y políticas del socialismo europeo, entre muchos otros temas⁹. Creado en 1967, el organismo tuvo como objetivos centrales el fortalecimiento de las ciencias sociales en América Latina y el establecimiento de vínculos académicos regionales. En noviembre de 1973 y marzo de 1974, en asambleas del organismo (Río de Janeiro y Maracaibo, respectivamente), se dispuso, como respuesta a la situación creada por las dictaduras instauradas en Chile y Uruguay, un programa de solidaridad y defensa de los científicos sociales (investigadores, profesores y estudiantes) víctimas de la represión académica. A tales fines, por ejemplo, se instrumentó una bolsa de becas. Asimismo, Clacso favoreció ampliamente el intercambio académico y la circulación y comunicación entre los intelectuales latinoamericanos, reunió a los centros de estudio más importantes de la región, promovió publicaciones y desarrolló grupos de discusión y trabajo que abordaron distintas problemáticas de interés regional. Entre ellos, el más importante fue el grupo de Estado y Política, coordinado por Guillermo O'Donnell

9. Para un desarrollo de estos temas véase Lesgart (2003).

primero y, luego, por Norbert Lechner (Lesgart, 2003:74).

En lo que hace a los argentinos en general y a Portantiero en particular, además de tratar lazos con otros intelectuales en estos espacios que reseñamos, hay que anotar que esa comunidad argentina se agrupó en la Casa Argentina de Solidaridad (cas) creada en 1975 que tenía como objetivo la denuncia de la dictadura argentina y la acogida y contención de los recién llegados (Bennetti y Giardinelli, 2003). Y fue precisamente en cas donde se desarrollaron los primeros núcleos de intelectuales partidarios de una perspectiva social democrática. En efecto, allí, a partir de 1979, comenzó a funcionar la Mesa de Discusión Socialista que incluyó, entre otros, a José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán, Jorge Tula, Carlos Ávalos, Liliana De Riz, Sergio Bufano, Osvaldo Pisani, Ricardo Nudelman, Osvaldo Pedroso, Oscar del Barco y Emilio De Ipola. A estos intelectuales se sumaron militantes de la Confederación Socialista Argentina y del Partido Socialista Popular. El grupo se reunió de manera mensual hasta 1982 para reflexionar sobre la nueva coyuntura latinoamericana y la adecuación de las herramientas teóricas y políticas del socialismo para pensar las posibles vías de salida al autoritarismo. (Casco, 2008; 2019).

Allí, en esa coyuntura de grandes transformaciones del campo político e intelectual, es donde aparecen las primeras noticias y reivindicaciones de la obra de Juan B Justo. En efecto, en unas notas de 1980, Portantiero señalaba al fundador del socialismo en Argentina como alguien que produjo el momento más fructífero entre la II Internacional y América Latina. Allí en un repaso de largo alcance de las experiencias de izquierda en el continente, Portantiero afirmaba que la primera comprobación que debe anotarse es la del fracaso de la penetración del marxismo en las culturas políticas latinoamericanas. En primer término, la del propio Marx para comprender a la región en el siglo XIX. Pero más allá de los aciertos y errores de Marx, para el sociólogo argentino la forma correcta de enfocar el problema es pensar por qué no ha sido posible generar desde América latina un vínculo entre socialismo y masas y en los casos en que esto fue posible, indagar qué lo facilitó y qué formas adquirió ese vínculo.

En el primer caso; es decir, el de las dificultades de un efectivo vínculo entre socialismo y América Latina, Portantiero señala que esa penetración se vio limitada por un contexto que no permitió una asimilación puntual del modelo europeo y que dificultó la producción local de sus valores a diferencia de como si lo hicieron por ejemplo China y Rusia.

Para Portantiero hay un fatalismo en el origen de América Latina, debido a que el continente sin ser Europa no pudo ser tampoco enteramente anti Europa, como si se estuviera frente a una tensión originaria que complicaría ese vínculo. Producto de que no pudo ser el mestizaje ni la antropofagia, una solución que hiciera posible ese encuentro.

Para explicar más puntualmente ese desencuentro, su indagación

se instala, siguiendo a Richard Morse (2007) y sus trabajos sobre la *Civic Culture*, en la exploración acerca de por qué los intelectuales contestatarios no pudieron producir un marxismo indígena a diferencia de lo ocurrido en Rusia, donde Lenin sí en cambio, introdujo elementos que se nutrían de la tradición eslava. Porque allí sí los bolcheviques rusificaron al marxismo capacitándolo para dar respuesta a problemas que tenían un origen anterior al capitalismo. En segundo lugar, Portantiero sostiene que otro de los elementos de esa diferencia entre los intelectuales rusos y los latinoamericanos reside en el hecho de que, para los primeros, el pueblo suponía algo sagrado y encarnaba a “la nación”, en cambio para los segundos, el pueblo debía ser tutelado, educado y dirigido hasta que descubriera la “verdad” y se integrara al proceso civilizatorio. El resultado de esa mirada ideológica, señala nuestro autor, no fue otro que una concepción política de tono iluminista que duró por lo menos hasta la reacción populista del siglo xx. Donde la política se plebeyiza y se fusiona de modo eficaz con el pueblo.

Aparece aquí nuevamente el viejo drama de la separación entre intelectuales y pueblo, en esa clave gramsciana con la que Portantiero se había acercado a ese problema ya en su juventud, que fue como se recordará, una de sus preocupaciones políticas originarias en el partido comunista y que había marcado a toda la generación de intelectuales y jóvenes políticos de principios de los 60 y 70⁷.

Así, para Portantiero este posicionamiento de la cultura no hizo otra cosa más que producir una matriz que desembocó en una especie de despotismo ilustrado que fue incapaz de hacerse cargo del vínculo entre liberalismo y democracia. Donde el uso de democracia quedó en manos del tradicionalismo de raíz católica y borbónica que venía de la época de la conquista, frente al elitismo de los intelectuales tanto de origen liberal como de izquierda.

En esa clave de lectura Portantiero sostiene que cuando el socialismo se incorporó al mercado ideológico a principios del siglo xx se encontró con el obstáculo de una cultura política en la que pueblo e intelectuales estaban separados y en la que se hallaba quebrada la posibilidad de reconocimiento en algún valor previo a la occidentalización. Este desencuentro fue más notable sobre todo en algunos países que se constituyeron en espacios que nuestro autor caracteriza como “semi vacíos” (Portantiero, 1988, p.132) y que luego fueron cubiertos por la inmigración, quebrando la posibilidad de instrumentar un mundo de símbolos ancestrales en los que continuase lo nacional popular en el socialismo.

Una tercera dificultad según Portantiero para la penetración del marxismo entre nosotros, se refiere al modo en que adquirió en el continente la relación, Estado – Sociedad. A diferencia del modelo clásico que Marx postulaba, las naciones latinoamericanas son “Construcciones desde arriba”, configuraciones nacionales que funcionan como creaciones estatales. Para Portantiero de eso dan cuenta las luchas del siglo xix entre

élites políticas poco diferenciadas, en el sentido de tener orígenes de clase muy similares, que buscan el control del Estado para desde ahí generar proyectos de desarrollo capaces de producir una estructura social compleja que pudiera integrar a sus países al mercado mundial.

Es contra esas “desviaciones” de su modelo que se estrelló Marx cuando encaró sus análisis sobre América Latina, señala Portantiero, arrojándola al desván hegeliano de las naciones sin historia. Y como parte de esa matriz teórica originaria le ocurrirá lo mismo a la II y III Internacionales, con poco para resaltar sobre la región salvo su barbarie.

Es que para nuestro autor ese estupor se debe, como señalara Debray “[...] a la dificultad que la tradición comunista tuvo siempre frente a situaciones que no pueden ser encasilladas en la cuestión nacional y colonial ni tampoco en los movimientos anticapitalistas de los países europeos” (Debray, 1975, p.125) Y allí se inserta la discusión sobre el carácter feudal o capitalista de nuestras economías, que tanto desveló a esa tradición política, como un dilema político no resuelto.

Es allí, en ese espacio ambiguo, cruzado por enormes heterogeneidades que supone el continente, donde se coloca la problemática de la construcción de una política hegemónica, la constitución para los socialistas, de una voluntad colectiva nacional popular, y que es vislumbrada como un proceso de recomposición política de una pluralidad y diversidad de demandas, de acuerdo a diferentes roles, clases y categorías que incluyan a las étnicas y regionales, señala Portantiero y agrega que el drama para los socialistas no es otra cosa que el producto de ese desencuentro, entre un suelo lleno de heterogeneidades y una cultura política que no puede dar cuenta como una síntesis de un mundo de múltiples culturas. De nuevo un clásico, el problema de la traducibilidad y de la cuestión nacional.

Las experiencias que Portantiero señala como casos concretos de ese encuentro y desencuentro entre socialismo y América Latina, iluminan bien los alcances de ese drama. Así, con todo y pese a la incomprendición que han manifestado las vertientes del marxismo, inspirados en la II y la III Internacional, esa voluntad de una construcción hegemónica de corte socialista, para Portantiero, se ha manifestado, sin embargo, desde épocas tempranas permitiéndole hablar de “una vieja y rica historia del socialismo en el continente” (Portantiero, 1988, p. 126)

Examinar esa historia supone resaltar no la adaptación ni la aplicación de una teoría preexistente, sino por el contrario, la capacidad histórica para constituir sujetos políticos complejos, en un doble plano, por un lado, el de una teoría capaz de dar cuenta de historias nacionales y por el otro, el de una práctica política hábil para la organización de las masas, dirá Portantiero. En esa dirección, en términos generales, el socialismo ha tenido entre nosotros un desempeño que ha oscilado entre el corporativismo de clase y el finalismo socialista, en el marco de una cultura política más estadocéntrica que sociocéntrica, donde salvo casos puntuales, los socialismos ligados a la tradición de la II o de la III

Internacional, no fueron capaces de construir un discurso hegemónico.

Evaluando ese desempeño, Portantiero considera tres momentos que juzga paradigmáticos de aquello que destaca como singularidad de ese encuentro/ desencuentro: El que protagoniza Juan B Justo en la Argentina, Recabarren en Chile y Mariátegui en Perú.

En el primer caso, el fundador del partido socialista argentino es señalado como el autor de uno de los momentos teóricos más significativos del socialismo en el continente en los marcos de la II Internacional. Como el nivel más profundo de la articulación entre ésta y América Latina. Debido al éxito en la organización de un poderoso partido similar al de muchos de Europa y también debido a su intento de pensar teóricamente un programa socialista para Argentina y para otras zonas con características similares, el de países que son grandes colonias semi vacías con flujos de poblaciones migratorias. Su originalidad, en el marco del ideal progresista evolucionista que Justo exacerba en el cuadro de la república conservadora, reside para Portantiero, en pensar un reformismo que conquiste la ciudadanía para los trabajadores, con masas organizadas que participen en la construcción de un mercado político que pudiera realizar la democracia política como condición para la democracia económica.

A pesar de su éxito en muchos sentidos, su proyecto sin embargo se vio obstaculizado por esa singularidad que nuestro autor destaca como un rasgo político de la constitución americana: la construcción estatal de lo social, y la inexistencia de un pensamiento en las grandes masas que pudiera desde la sociedad ser un fermento para la política. Pensamiento que funcionaba como condición del éxito político de Justo asentado en la posibilidad de reformas con sustento en la movilización desde abajo. Nuevamente aquí estamos frente al drama que se expresaba en “un choque cultural” entre una matriz ideológica socio céntrica (que para nuestro autor incluía al propio Marx y “el marxismo oficial”) y una cultura política latinoamericana de corte “estado céntrica”¹⁰.

Así, Portantiero señala que Justo buscó sortear ese obstáculo, que veía como un síntoma del atraso en lo político, a través de una tarea pedagógica que pusiera énfasis en la razón de una sociedad que se autoconstituye. Justo soñaba, señala Portantiero, con una democracia ligada al desarrollo del capitalismo moderno, en la que se asentaran dos grandes partidos de clase, el partido socialista por un lado y por otro, un partido burgués moderno basado en la renovación de la vieja oligarquía. Desdeñando así los aportes que pudieran aportar en materia política, anarquistas y radicales, porque cada uno a su manera expresaban formas “caducas” de la política, disolviendo la modernización de los hábitos cívicos.

10. Claramente esa concepción aparece para Portantiero en todos los movimientos populistas, en el caso argentino, claramente el radicalismo lo mismo que el peronismo, movimientos que sí pudieron valerse de la tradición “caudillista” que se remontaba a tiempos anteriores a la organización nacional.

De acuerdo con su mirada, lo que emparentaba al socialismo de Justo con la II Internacional era pensar a éste como una contra sociedad, con una subcultura basada en la idea de que la clase obrera no solo era productora sino consumidora, idea que posibilitaba la articulación con otros grupos subalternos. De ahí que el partido socialista fomentara un mundo de cooperativas, bibliotecas, periódicos y de organizaciones escolares que posibilitaban las “fuerzas liberadoras” de una sociedad laica frente al poder estatal. Ahí estaba para Portantiero su mayor fortaleza, ”En este campo su obra fue formidable y nadie podría explicar lo esencial de la democratización de base que todavía existe en la sociedad argentina (pese a todas las vicisitudes negativas de su vida política) sin ese impulso societal” (Portantiero, 1988, p. 128) Pero con todo, el justismo no pudo superar, el desencuentro entre la lucha cotidiana por reformas y el plano teórico en donde el socialismo aparecía de forma teleológica y por tanto unidireccional y determinado. Trabajado como estaba por una concepción iluminista, no pudo construir, señala el biógrafo de Justo en estas notas tempranas, un lenguaje capaz de contener al mundo heterogéneo de las clases subalternas, en un contexto de estratificación social con un crecimiento veloz de la sociedad, donde los valores culturales se volvían inestables, provocado por la difusión de patrones europeos sobre un suelo recién despegado del siglo XIX hispano criollo.

De ahí que, para Portantiero, será la Unión Cívica Radical en la figura de su caudillo Hipólito Yrigoyen quién soldará en un proyecto político esa herencia del siglo XIX entre moderna y arcaica produciendo el primer momento de nacionalización de las masas.

En el caso del socialismo chileno Portantiero dirá que su característica (marcada desde su origen por el liderazgo de Recabarren un obrero tipógrafo que fundó varias asociaciones sindicales y periódicos donde predicaba la lucha de clases) estará en su corporativismo de clase. Ese obrerismo que se explica por la particular conformación histórica de su clase obrera como masa aislada, y que dará como resultado “(...) la constitución de la más poderosa relación entre trabajadores y cultura socialista que haya conocido el continente” (Portantiero, 1988, p. 129) Esa idea de autonomía que portaba la clase obrera chilena será la barrera más eficaz para el influjo del populismo e impulsará la presencia independiente de la misma en los intentos frentistas. Pero su dificultad (y para Portantiero su momento más dramático fue el que va de los años 1970 – 1973 en la experiencia de Allende) ha estado siempre colocada en una concepción errónea de la hegemonía. Debido a que los partidos de izquierda jamás pudieron estructurarse como partidos populares, derivando lo popular de la sumatoria frentista, como formas de agregación derivada de la clásica concepción de la alianza de clases. Con sujetos políticos previamente constituidos y partidos que operan como reflejos de ese armazón. Rasgo este que comparten otras experiencias, solo que, en Chile, señala Portantiero, ese rasgo resalta porque allí la experiencia fue más exitosa.

Si el partido socialista argentino colocaba en su imaginario a los trabajadores como consumidores – ciudadanos, en el caso chileno, estos eran vistos como productores, imagen que se proyectaba de acuerdo a la matriz anarco sindicalista de la que Recabarren provenía.

Al igual que el ejemplo argentino, para Portantiero el caso chileno ilustra cómo se trató de experiencias en sociedades capitalistas relativamente desarrolladas, con grupos políticos colocados sobre problemáticas predominantemente urbanas. Así, el cuadro general es trazado de este modo “ambas realidades no abarcaron al mundo rural en toda su diversidad: no sólo como un espacio particular de demandas, diferente del obrero y del urbano, sino como un mundo complejo de valores culturales que diferían de los de la modernización” (Portantiero, 1988, p.129)

Perú simboliza para nuestro autor el caso opuesto. “El gran mérito del marxismo de Mariátegui fue precisamente ese: intentar la elaboración de una perspectiva socialista para una sociedad primordialmente campesina e indígena” Aparece así por primera vez un proyecto de hegemonía nacional- popular, en el marco de las discusiones que Mariátegui entablara con Haya de la Torre en los años 20¹¹.

Pero en este caso el problema es que los planteos de Mariátegui quedarían a mitad de camino, por su muerte joven y por el bloqueo que le hiciera a sus ideas la III Internacional. Sobre todo, cuando el movimiento comunista desde las líneas directrices bajadas por Moscú se embarcó en la línea de bolchevización y la táctica “clase contra clase” a finales de los años 20’ del siglo pasado. Hasta finalmente llegar a ser excomulgado por la III Internacional durante la década del 30 debido a que el marxista peruano colocaba temáticas y problemas para nuestro continente que salían de los moldes rígidos, iluministas y evolucionistas desde los que la dirección de la Komintern había pensado su relación con la política y el poder.

Para Portantiero, gracias a las influencias que sobre Mariátegui tuvieron Croce y Sorel éste pudo esquivar las lecturas deterministas que se hacían en su tiempo del marxismo. Por el contrario, su anti determinismo de las relaciones entre economía y política; es decir, la opacidad con que concebía esas relaciones, le permitían introducir problemáticas complejas como las de raza, nación y cultura, fundando un socialismo que podía ser entendido como un diálogo entre América y Europa, entre vanguardismo político e intelectual y espíritu de masas. “En la reivindicación de la voluntad y del papel del mito en la historia, Mariátegui cruzaba las figuras de Lenin y de Sorel en una mezcla que a la III Internacional le pareció herética” (Portantiero, 1988.p. 130) junto

11. Para una reconstrucción de la polémica entre Haya de La Torre y Mariátegui, véase, Beigel, Fernanda. La epopeya de una generación y una revista: Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina. Buenos Aires, Biblos. 2006

a la idea de que el socialismo como cultura de la crisis debía superar al evolucionismo, al racionalismo y al respeto por la idea de progreso que compartía con el capitalismo.

Para Portantiero, el marxismo de Mariátegui “evoca la preocupación gramsciana por la construcción de una voluntad colectiva nacional – popular y por una reforma intelectual y moral como premisas del socialismo” (Portantiero, 1988, p.131) Aun cuando éste, no usara las mismas palabras que el comunista italiano.

Así, toda la reflexión de Portantiero está en sintonía con la apreciación que hiciera Aricó en la misma época al sostener que:

Su peculiaridad, lo que hace de Mariátegui una figura completamente extraña al estilo característico del teórico y del político de la III internacional, consistía en que por su formación cultural tendía a mantener constante una concepción del marxismo que enfatizaba su capacidad de recrearse en el proceso mismo de desarrollo de la lucha de clases, su capacidad de superar los esquemas dogmáticos acumulados en el camino. (Aricó, 1999, p.152)

Pero allí también yace una sutil diferencia, la clave de lectura de Portantiero no está pensada en términos estrictamente marxistas, sino en función de un proyecto democrático socialista pero que no desdeña la cultura liberal.

De ahí que para nuestro autor esa herencia situaba un punto de partida significativo para la evaluación de la tradición socialista en América Latina. Porque para Portantiero la hegemonía era la construcción de un discurso plural, heterogéneo, donde sentido común y conciencia crítica deben subsumirse en los procesos de constitución de los actores colectivos. Eso es lo que precisamente, para él aporta Mariátegui, una amalgama, donde el mito funciona como formación y ensamblaje de diversidades hacia la conformación de grandes movimientos populares.

De ese repaso, nuestro autor saca la conclusión de que la discusión entre, si es necesaria una reforma o si por el contrario debía lucharse sin más por la revolución, no es más que una forma abstracta para pensar la cuestión del socialismo en el continente. Es que, para Portantiero, el planteo a esa altura debía ser enfocado, en otros términos, el de una estrategia que debía ser llevada adelante por la izquierda de acuerdo a una construcción teórica adecuada que mirará el suelo sobre el que quería operar; es decir, atendiendo a las tradiciones sobre los cuales esas estrategias debían moldearse. Reproche que nuestro autor le hacía a las formaciones clásicas tanto comunistas como socialistas del continente.

Como sea, no debemos olvidar que todo el análisis está permeado, como señalamos más arriba, por el clima de época que se conforma en el exilio intelectual en México. En efecto, es en el marco de la discusión sobre “la crisis del marxismo” y de “la derrota” de los proyectos revolucionarios que estas notas de

Portantiero cobraron forma, como parte de un conjunto de intelectuales que comenzó un proceso de revisión de sus posturas teóricas y políticas a la luz de lo actuado en los años 60 y principios de los 70^o. Y así, como superación buscó fundar una posición socialista democrática que pudiera jugar en la escena política nacional con el regreso de la democracia en Argentina en los años 80^o. Por último, hay que buscar las razones de esa evocación de Justo por parte de Portantiero, por un lado, en el modo en que el patriarca socialista se colocó respecto de la obra de Marx, de manera no dogmática y desprejuiciada como sostendrá su biógrafo. Y eso es precisamente lo que Portantiero había tratado de hacer siempre, llegar a los textos y a las teorías de una manera que fungieran como herramientas para pensar la intervención en la política del momento. Esa manera de ver el vínculo entre intelectuales y política es lo que lo había alejado en su juventud del partido comunista, en el que se había forjado por considerar que este era rígido y dogmático. Por otro lado, la construcción de Justo de una organización democrática y desde abajo con acento en la autonomía y auto organización de la sociedad, era precisamente el modo en que Portantiero se colocaba en la tradición socialista a partir de su clausura de los años 60 cuando abrazaría como un valor fundamental a la democracia a fines de los años 70.^o y que no abandonaría hasta sus últimos días.

Conclusiones

Entonces podría decirse que su evocación de Justo persigue un doble objetivo. Por un lado, reponer la historia del socialismo anterior a la irrupción del peronismo en los años 40 del siglo xx y por el otro, revalorizar la tradición democrática del ideario socialista. Es que todo su periplo político e intelectual posterior a los años 60^o estará marcado por esa colocación, la de un socialismo democrático que busque tomar distancia del estatismo al que combatirá desde los años ochenta (de ahí también su combate al peronismo) y del predominio del mercado que comenzaba a imponerse en el mundo con los gobiernos de Reagan y Thatcher.

Así, la biografía de Justo fungía para Portantiero como un arma política e intelectual para revalorizar una tradición, pensar a la democracia desde la izquierda y darle sentido a su vocación de investigador sobre la política.

Referencias

- Arico, J. M. (1999). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Sudamericana.
- Beigel, F. (2006). *La epopeya de una generación y una revista: Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina*. Biblos.
- Bernetti, J. L. y Giardinelli, M. (2003) *México: El exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura 1976-1983*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Burgos, R. (2004). *Los gramscianos argentinos: Cultura y poética en la experiencia*

- de Pasado y Presente*. Siglo XXI Argentina.
- Casco, J. M. (2008). El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina. 1974-1983. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 13, pp. 139-164. <https://apuntescecy.com.ar/index.php/apuntes/article/view/273>
- Coser, L. (1968). *Hombres de Ideas. El punto de vista de un sociólogo*. Fondo de Cultura Económica.
- Cuneo, D. (1942). *Juan B justo y las luchas sociales en la Argentina*. Alpe.
- Cuneo, D. (1947). *Juan B Justo y la declaración de principios del partido socialista*. La vanguardia.
- Debray R. (1975). *La crítica de las armas*. Siglo XXI Editores.
- Franzé, J. (1993). *El concepto de política en Juan B Justo*. Centro Editor de América Latina.
- Garategaray, M. (2013). Democracia, intelectuales y política. Punto de Vista, Unidos y La Ciudad Futura en la transición política e ideológica de la década del 80. *Estudios*, 29, 53-72
- Garategaray, M. y Reano, A. (2017). Apuntes para una historia intelectual de la transición democrática. *A Contracorriente: Una Revista De Estudios Latinoamericanos*, 14(2), 262-279. <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1580>
- Ghioldi, A. (1933). *Juan B Justo sus ideas históricas, sus ideas socialistas, sus ideas filosóficas*. Fundación Juan B Justo.
- Lesgart, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*. Politeia.
- Luna, F. (1969). *El 45: Crónica de un año decisivo*. Hispamérica.
- Martínez Mazzola, R. (2015). Intelectuales en búsqueda de una tradición. Aricó y Portantiero lectoras de Juan B Justo. En A. Remo, y F. M. Suárez (co-ords.), *Socialismo y Democracia*, (pp. 383-411). Editorial UDEM. <https://cdi.mecon.gob.ar/bases/docelec/az5654.pdf>
- Mocca, E. (2012). *Juan Carlos Portantiero: Un itinerario político intelectual*. Ediciones Biblioteca Nacional.
- Moreau de Justo, A. (1983). *¿Qué es el socialismo en la Argentina?* Sudamericana.
- Oddone, J. (1983). *Historia del socialismo argentino*. Centro Editor de América Latina.
- Pan, L. (1964). *Justo y Marx*. Monserrat.
- Pan, L. (1991). *Juan B Justo y su tiempo*. Planeta.
- Ponza, P. (2012). “Estado y Democracia en la obra de Juan Carlos Portantiero” Disertación de Apertura. VI Jornadas de Política y Cultura. Escuela de Ciencias de la Información, facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba
- Ponza, P. (2013). Juan Carlos Portantiero: Democracia a treinta años de la transición. *Revista Paginas*, (5)8, 137-156. <https://doi.org/10.35305/rp.v5i8.71>
- Ponza, P. (2015). Socialismo y democracia para Juan Carlos Portantiero. En A. Remo, y F. M. Suárez, *Socialismo y democracia* (pp. 339-359). Editorial UDEM. <https://cdi.mecon.gob.ar/bases/docelec/az5654.pdf>

- Portantiero, J. C. (1988). Socialismos y política en América Latina (Notas para una revisión), En *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*. Nueva Visión.
- Portantiero, J. C. (27 de diciembre, 1998). Juan B Justo y el socialismo ayudaron a modernizar este país. *Clarín*. https://www.clarin.com/opinion/juan-justo-socialismo-ayudaron-modernizar-pais_0_HkXfIGkU3l.html
- Portantiero, J. C. (1999). *Juan B Justo. Un fundador de la argentina moderna*. Fondo de Cultura Económica.
- Reano, A. (2019). El Estado en el debate intelectual de la transición democrática argentina. *Estudios Sociológicos De El Colegio De México*, 37(110). doi: <https://doi.org/10.24201/es.2019v37n110.1688>
- Repetto, N. (1964). *Juan B Justo y el movimiento político social argentino*. Editorial Monserrat.
- Sanguinetti, H. (1981). *Los socialistas independientes*. Editorial de Belgrano.
- Solari, J. A. (1965). *Recordación de Juan B Justo*. Bases.
- Tzeiman, A. (2015). Intelectuales y política en Argentina. A propósito del itinerario político intelectual de Juan Carlos Portantiero. *En nuevo mundo, mundos nuevos*, 3. doi: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.67817>
- Walter, R. (1977). *The socialist Party Of Argentina 1890-1930*. The university Of Texas at Austin.
- Weinstein, D. F. (1978). *Juan B Justo y su época*. Fundación Juan B Justo.